

Entraron tres coroneles poco despues, á quienes Oronoz les presentó mis credenciales. En estas se decía solamente que yo estaba investido de plenos poderes para fijar los puntos de la capitulacion.

Yo manifesté que los jefes y oficiales reunidos en Tecalitlan ofrecian deponer las armas si se daba á cada cual un salvo conducto para retirarse á donde mejor les conviniera sin condicion de ninguna clase.

Siguió á esta proposicion un pequeño debate en el que la mayoría estaba inclinada á concederme lo que pedia considerándolo como la cosa mas natural. ¿Qué más podia exigirse de un puñado de hombres que eran los únicos en aquella estensa comarca que sostenian la bandera de la República? Pero estuvo muy á punto de echar á perder el negocio un coronel, á quien faltaba un brazo, de apellido Torres, hombre que parecia de un carácter violento, é intransigente con todo lo que llevara el nombre de liberal. No parecia sino que habia nacido entre los hielos de Rusia y que desde su niñez se habia acostumbrado á la adoracion del Czar, tanto así amaba el principio monárquico. El colérico y apasionado coronel Torres exclamó con arrebato queriendo poner un término violento al negocio:

—A mi no me parece justo, ni legal, ni conveniente, ni siquiera decoroso que tengamos consideraciones con bandidos como los que el señor viene representando.

Pregunté si me era permitido hacer uso de la palabra, y si el carácter de mi comision seria respetado, en cualquier caso que se determinara, ya representara bandidos ú hombres de bien.

CAPITULO XVIII.

UNA EMBAJADA.

El general Oronoz me recibió con toda cortesía en su gabinete de trabajo, le entregué los pliegos de que era portador y antes de imponerse de ellos mandó llamar á los principales coroneles del cuerpo de ejercito que estaba á sus órdenes para que oyeran mi demanda.

Entre tanto le manifesté que los jefes y oficiales que estaban aguardando mi vuelta en Tecalitlan, deseaban no ser atacados mientras estuviéramos en negociaciones.

El general Oronoz dispuso que salieran en el acto los correos extraordinarios que fueran indispensables, con las órdenes de que suspendieran las hostilidades todas las fuerzas que iban á operar sobre nosotros en perfecta combinacion.

El general Oronoz se apresuró á contestarme que tenia plena libertad para hablar en el sentido que estimara conveniente, y que la garantía mejor de que seria respetado mi carácter de parlamentario, era su reputacion de caballero.

Le dí las gracias y encarándome luego con el coronel Torres, le pregunté:

—¿Por qué dice Vd. que los jefes y oficiales que yo represento son unos bandidos?

—Porque viven sobre el país, imponiendo préstamos y contribuciones que no son legales, y á eso le llamo yo en castellano, robo.

—En ese caso es difícil saber quien tiene razon, por que tambien nosotros los republicanos llamamos á Vds. los imperialistas, ladrones, seguramente bajo la creencia que tenemos de que el gobierno de Vds. es una usurpacion. Por lo demas Vds. tienen sus leyes y nosotros las nuestras, y como todavia no se sabe cuales prevalecerán, no se sabe quien vendrá á quedar con el derecho de pronunciar la última palabra. Sobre todo, Señor Coronel, mientras nos vean Vds. defendiendo un principio que es el liberal y un gobierno que es el que se ha dado la Nacion, no tienen Vds. el derecho de llamarnos bandidos.

Hacia esfuerzos por dominar mi cólera, y era el motivo de que se atropellaran así mis palabras sin poder encontrar expresiones que fueran á la vez comedidas y enérgicas.

El general Oronoz me animó haciendo un movimiento con la cabeza, que significaba aprobacion á lo que habia dicho, y él por su parte poco acostumbrado

todavía á prestar obediencia á las instituciones monárquicas empezó á hablar así:

—En esta República.....

—Imperio, le dije yo sonriendo.

—En este imperio.... antes República, siempre ha sucedido lo mismo.....

Estaba muy cortado y no pudo continuar expresando su pensamiento.

Y como la discusion se habia prolongado por mas de dos horas, quedó aplazada la resolucion para el dia siguiente.

Inmediatamente puse un extraordinario participando á mis amigos lo que pasaba y sugiriéndoles la idea de entrar en negociaciones con un jefe francés que acababa de llegar á Sayula y que iba á tomar la direccion de la campaña animado del mejor espíritu de conciliacion, segun me dijo durante nuestra plática el general Oronoz.

El mismo correo llevaba unos pliegos del jefe imperialista acusando recibo de los que yo habia sido portador y espresando al general Echegaray que su comisionado habia comenzado las negociaciones.

Cuando quedé solo con el general, le dije:

—No considero á Vd. complicado en un asunto odioso que tambien quiero conste en el convenio.... si llegamos á enterdernos como me lo prometo.

—¡Ah! sí, se refiere Vd. al de Francisco Trejo.....

—Cabalmente: es un asunto, en que una Señora tambien, ha sido indignamente tratada por el Prefecto.

El general se ruborizó hasta las uñas y me dijo tomándome una mano afectuosamente:

—Crea Vd. que yo repruebo con todo mi corazón semejantes infamias.

—Y bien, general, como estoy seguro de que á Vds. les conviene que dejen las armas hombres tan aguerridos como los que están en Tecalitlan, cuyo valor, abnegacion y constancia han sido probados, deseo que, en nuestro convenio conste que, tanto Trejo como mi esposa quedan en completa libertad. Seria un proceso ridículo si se continuara.

—Ese negocio lo trataremos en lo particular.

—¿Cuándo?

—Esta noche ó mañana. No conviene que se prolongue mas nuestra entrevista. Estoy cercado de espías.

Comprendí la situacion del digno general Oronoz, y lo dejé despues de abrazarlo estrechamente. Habiamos simpatizado.

El resto del dia lo consagré á mi familia prisionera que constaba de mi esposa de 17 años y de mi primera hija que ya tenia 9 meses. ¡Con qué alborozo, con qué entusiasmo, con qué delirio abracé y besé á mi pequeña Clotilde, á la cual habia dejado tranquilamente dormida en la cuna, para venir á verla ahora presa y rodeada de guardias!

La pobrecita murió poco tiempo despues á consecuencia sin duda de las agitaciones que sufrió su madre.

Mi familia estaba en una casa respetable, pero esta casa se encontraba cercada de soldados. Habia centinelas en la puerta de la calle, lo mismo que en la puerta del departamento que ocupaban las presas..... ¡Qué lujo de barbarie! ¡Y cómo hay hombres que nacen organizados para ser infames!

No ví al general Oronoz sino hasta el dia siguiente. Me dijo que quedaba aceptada la sumision de los jefes y oficiales que se encontraban en Tecalitlan ofreciéndoles en nombre del imperio toda clase de garantias; que él quedaba encargado de mandarles sus pasaportes dejándoles libres para ir á donde mejor les conviniera. Mi esposa quedaba completamente libre desde ese momento y un ayudante fué encargado de retirar de allí la guardia. Respecto del Lic. Trejo me dijo:

—Se habia pensado sacrificarlo aquí para escarmiento de los demas, tuviera ó no tuviera culpa, pero es un hombre de mérito y me he empeñado en salvarlo.

—Dicen que se va á pronunciar en su proceso la sentencia de muerte.

—Acaba de llamarlo el fiscal. Hoy mismo se le notifica.....

—Entonces....

—Entonces pedirá indulto al Emperador.

—¿Y si no se lo concede?

—Yo sé de antemano que se lo concederá. Está acordado que se le imponga la pena de muerte y que el Emperador le conceda la gracia de la vida....

—¡Ah! Bien.

—Habrá alarmas, será necesario, que vayan comisionados á México á todo escape, se hará mucho ruido; pero yo le respondo á Vd. de que Trejo no será fusilado.

Le dí las gracias y le manifesté que por mi part-

deseaba que me extendiera tambien un pasaporte para Guadalajara.

—Y hará Vd. bien en irse de aquí, me dijo, porque el pillo de Mendoza ha venido á pedirme el permiso de aprehenderlo y yo le he contestado que se cuide bien de hacerlo.

En esa noche quedé mas prendado del general Oronoz, pues no solamente manifestaba ser todo un caballero, sino tambien un hombre sencillo y de buen corazón.

El dia siguiente fué domingo: entré en su habitacion para recojer mi pasaporte y despedirme.

Encontré al general sumamente irritado.

—Dentro de dos horas se marcha Vd. de esta plaza.

—¿Pues qué sucede?

—Que ya no tiene Vd. aquí garantías.

—¿Por qué general? ¿qué es lo que ha pasado?

—Que se han fugado de Tecalitlan los amigos de vd.; que todo esto es un puro ardid de vds. para escaparse.

—¡Ah! vaya, le dije comprendiendo luego lo que habia pasado, yo le respondo á vd. de que no huyen.

—Por mas que esa seguridad me tranquilice, tengo que exigirle que salga dentro de dos horas.

—Saldré, general. ¿Puedo contar con mi pasaporte?

—Espérelo vd en su casa.

Hice mis preparativos de marcha pero no recibí el pasaporte. Hasta en la noche me lo llevó el mismo Oronoz, quien me explicó que habia recibido un pliego del jefe francés que venia á mandar la zona, en

que le participaba que habia tomado á su cargo el estender los salvoconductos de los jefes y oficiales sometidos en Tecalitlan.

El jefe francés recomendaba que se tuvieran conmigo toda clase de miramientos.

El pasaporte que me entregó el general Oronoz estaba concedido en términos muy amplios. Me daba libertad para dirigirme á Guadalajara y para residir despues en el punto en que quisiera, avisando á todas las autoridades, que quedaban arreglados en Colima, todos los requisitos concernientes, que entónces estaban exigiéndose al pié de la letra, y que nadie tenia derecho para meterse conmigo ni molestarme en lo mas mínimo.

Si tan amplio pasaporte no me sirvió para evitar ciertas persecuciones de que hablaré despues, sí me fué muy útil para que en ninguna parte se me exigiera la protesta, el juramento, la firma de qué sé yo que documento que entónces era requisito indispensable para residir en las poblaciones en que dominaban las armas del Imperio.

Es decir, debido al amigo que me proporcionaron aquellas circunstancias, al general Oronoz, no se me exigió que estampara mi firma haciendo promesa de no tomar las armas en adelante contra Maxiliano, ni en libro alguno, ni en ningun documento.

Nuestra despedida fué tierna. Yo le manifesté con todas las palabras que me inspiró la gratitud, todo mi reconocimiento por su conducta caballerosa, leal y de-

licada para conmigo, y él me dijo que tanto era lo que le habia simpatizado, que deseaba que en el porvenir llegáramos á estar ambos bajo de una bandera para que fuéramos tan amigos como debíamos serlo.

—Yo no seré imperialista nunca, general, me apresuré á manifestarle, ni partidario de ninguna intervencion extranjera. Sobre ese particular, mis ideas están profundamente arraigadas; los principios republicanos que profeso están encarnados ya en mi propia naturaleza.

—Yo seguí ya esta causa, me dijo con cierta frialdad que no argüia mucho en pro de su fervor manárguico, y con ella tendré que sucumbir.

—Ya veremos que es de nosotros mas tarde, le dije sonriendo para animarlo, y dándole un segundo abrazo.

—Vd. vale mas en la desgracia, que yo en el poder. Vd. es muy jóven y yo soy muy viejo. ¡Adios!

—Adios, general, y otra vez mil gracias.

Sin ningun deseo de conocer al prefecto Mendoza, ni siquiera por la gran reputacion que le habian conquistado sus maldades, salimos al dia siguiente de Colima tomando el camino de las barrancas, otra vez, para regresar Guadalajara.

Habia salido de allí á la campaña á fines de 1863, y volvia en Abril de 1865, sin haber conquistado mas caudal que el de una pequeña dósis de esperiencia.

CAPITULO XIX.

Otra campaña mas peligrosa.

Procuré entrar de noche á mi querida ciudad natal, ocupada entónces por una pequeña guarnicion de argelinos, que estaban sirviendo de apoyo á otros cuerpos, que no me atrevo á llamar de mexicanos. Presenté mi pasaporte al Alcalde Mayor, no tuvo ninguna objecion que hacerle, me metí en mi casa y allí me estuve veinte dias encerrado dentro de sus paredes. Me daba vergüenza salir á la calle en donde mis paisanos imperialistas habian de verme por encima del hombro y en donde debia necesariamente producirme mal efecto la vista de los interventores. Muchos eran los padecimientos que habia sobrellevado en aquella trabajosa campaña precisamente queriéndome evitar tales disgustos, para que me resignara sin mas ni mas á semejante situacion.